

da de Fernando para conquistar la corona! Aquellos restos venerables de una antigua grandeza sirven hoy de juguete a los extranjeros y a los curiosos. Pregunté al sacristan si podría adquirir la diadema del santo rey por un buen precio, pero rechazó este ofrecimiento. Hacia poco tiempo que se le había prohibido enseñar los ornamentos de la iglesia bordados por la propia mano de Isabel, porque un inglés se atrevió a cortarles algunas franjas.

Antes de abandonar la catedral pudimos leer en la pared una orden episcopal recordando al público, que los que se reúnen en corrillos ó se ocupan de mujeres, deben pagar una multa, si no quieren incurrir en la pena de excomunión.

A favor de la oscuridad nos dirigimos, atravesando calles sombrías y estrechas, a la casa de una receptadora que comercia con los adornos que arrancan los presidiarios de las paredes de la Alhambra. La vieja se turbó mucho con nuestra presencia, y quiso hacernos creer que cortaban la mano izquierda del que robase los famosos arabescos del Palacio de Verano.

Al regresar a nuestra *fonda*, oímos en las calles algunos cantos y campanillas: eran gentes que en honor de la Virgen y de los santos, ó para pedir limosna, se paseaban por las calles cantando letanías; costumbre, sea dicho entre paréntesis, bastante incómoda para los que tienen necesidad de sueño y de descanso.

Granada, 1.º de Octubre de 1851.

Habían dado las seis cuando dejamos la posada para ir a rendir nuestros homenajes a la maravilla por excelencia de la España morisca, a la poética *Alhambra*. Era el punto culminante, la última y mas bella curiosidad de nuestro hermoso viaje: íbamos a disfrutar de uno de esos momentos de goce estático, como se tienen muy rara vez en la vida. La atmósfera estaba clara y prometía un hermoso día. Dejamos a un lado el Palacio de Justicia, construcción majestuosa del siglo diez y seis, sobre cuyo techo se vé una enorme campana; pasamos sin detenernos frente a la casa del *perfidio Gomer*, que tiene una novelesca historia que mas adelante daremos a conocer, y llegamos por fin a la puerta de Carlos V en la fortaleza de la Alhambra.

En mi país se figuran a la Alhambra como un castillo fantástico ó a lo ménos como una villa real, y se engañan miserablemente: es una fortaleza imponente edificada sobre las rocas, cercada de murallas gigantescas, de numerosas torres y de pesadas puertas. En cierra en su recinto dos residencias reales, el Palacio de Verano de los reyes moros y el incompleto palacio de Carlos V, algunos centenares de casas, jardines y campos; su población ascendía en la época del sitio a cuarenta mil almas. Hoy se le considera como una ciudadela; pero, ¡qué hermosa ciudadela es esta fabulosa y divina mansion!

Vista desde abajo, la Alhambra se asemeja a un viejo castillo alemán de la edad média, con sus baluartes, sus torres y sus murallas, y al contemplarlo cree uno estar en Alemania, pero en una Alemania transfigurada. Cuando se penetra en el parque magnífico que circunda la montaña y se extiende hasta el castillo, qué lujo de verdura, qué brillante vegetación se presenta a la vista. Los árboles, eternamente regados por frescas fuentes, levantan sus cimas potentes formando bóvedas majestuosas; los anchos y hermosos caminos cercados de rosas y de laureles, se extienden con nobleza y al mismo tiempo con gracia, bajo un artesonado natural de encinas, castaños y plátanos. Todo sonríe y resplandece en una primavera perpétua; los estanques de mármol se desprenden pomposamente sobre la tierna yerba, que tiene el aspecto de una naturaleza primitiva, sencilla y grave con su riqueza y su majestad.

Mi corazón se dilataba en las calzadas de aquel parque: me creía transportado a mi país natal, en Heimbach ó en Dornbach, pero en los primeros días de Mayo, no en principios de Octubre..... El mes de Mayo es eterno aquí. Granada tiene el privilegio maravilloso de reunir la frescura y la vegetación septentrionales, a los misteriosos encantos de la naturaleza del Mediodía.

Otra segunda puerta morisca nos condujo a la otra parte de la muralla de recinto, sobre una extensa plaza que hay entre el palacio de Carlos V y la Residencia de Verano. Los moros abrieron allí aljibes, cuyas bóvedas se extienden bajo la plaza, y guardan una agua fresca y deliciosa. Frente a nosotros, a la izquierda de la residencia de los Califas, se levanta la *Torre de la Vela*, gran-



de y majestuosa, formada de encarnados ladrillos: en su cumbre la bandera cristiana anunció a España el glorioso triunfo de los príncipes católicos el día 2 de Enero de 1492. A un lado del parque está la *Torre del Vino*, con sus arcos moriscos, de formas elegantes y de ricos colores; en ella vendian los cristianos el vino bajo la dominación musulmana. Todo se halla enlazado con paredes irregulares, cubiertas de yerba; parecen las ruinas imponentes y poéticas de un inmenso castillo feudal.

Avanzando por el parapeto, entre la torre y el castillo, se ofrece a la vista una perspectiva incomparable; un mundo encantado de casas y de jardines se extiende al pié de la colina, por el escarpado valle del Darro y en la llanura: es la misma ciudad de Granada con sus altas iglesias, sus torres y sus baluartes. Sobre la montaña, que está enfrente de la Alhambra, se percibe en medio de fresca yerba, la antigua ciudad morisca de Albaycin; mas allá, en el éter vaporoso del Mediodía, aparece la rica *Vega*, coronada en el horizonte por majestuosas montañas, y detrás se levantan las plateadas cimas de la Sierra Nevada.

Examinando los edificios que se encuentran delante de mí y buscando con la mirada el tan famoso palacio de Verano, no veo mas que paredes irregulares y desnudas; y la razón es, porque una de las reglas precisas de la arquitectura oriental, consiste en que las casas aparezcan sin carácter ninguno en el exterior, y se reserven para el interior toda la riqueza y todos los adornos, así como una negra concha guarda en su humilde cubierta el puro tesoro de las perlas.

El interior del palacio de Carlos V es majestuoso é imponente. El gran Carlos era poeta al mismo tiempo que emperador: recorriendo su hermosa España encontró a Granada y se enamoró de ella: la frescura de la naturaleza septentrional, unida a la exuberancia de la naturaleza del Mediodía, sedujeron su espíritu romántico. Aquel era el lugar que debía habitar; no era el emperador sino el poeta quien gustaba de la Alhambra: los jardines, llenos de rosas; los patios adornados con mirtos; los estanques de mármol y los surtidores de agua con su polvo húmedo y plateado; los pescados brillantes que juegan en el cristal de la ola; las erguidas columnas de mármol; los festones esculpidos y los arabescos fabu-

losos; la vida fantástica y contemplativa, embellecida con el perfume de las flores; el canto de los ruiseñores; las armonías de la música y el rumor de las aguas..... todas esas voluptuosidades le ofrecia el interior del palacio morisco; pero aquellas cosas agradables no fueron hechas por el dueño del mundo que no tenia tiempo de soñar sobre aquel trono iluminado siempre con los rayos del sol.

La habitación del gran Carlos debía ser imponente; por esto hizo arrasar el palacio de Invierno morisco, para edificar su residencia real sobre las ruinas del mundo encantado que demolia. Quizá cometió un crimen imperdonable respecto del arte; pero su palacio de piedras gigantescas realiza con su masa la idea del poder soberano, mientras que el palacio de Verano de los reyes moros que está en pié, no produce mas que un efecto romántico y gracioso. Es la habitación de los silfos tejida con los rayos de la luz de la luna: en él se puede soñar, pero no se puede reinar. El palacio de Carlos V tiene la severa majestad de un príncipe que usa casco y corona: la residencia de los Califas se parece a una sirena con perlas húmedas en sus flotantes cabellos. Si yo fuese monarca y tuviese que escoger entre las dos residencias, sin vacilar tomaria el palacio del gran Carlos.

Entramos por una puerta adornada en su parte superior con una arquería en forma de herradura practicada en la pared lisa, y como por encanto, nos encontramos separados del resto del mundo y trasportados al reino de los sueños: estábamos en un largo y delicioso patio adornado en cada extremidad con elegantes pórticos de arcos afiligranados. En medio está una fuente rectangular rodeada de mirtos, de violetas y de rosas: su límpida ola se ve adornada con alegres pescados de oro, y es alimentada por surtidores de agua y unos caños pequeños abiertos entre las losas del patio. Desgraciadamente en aquel día no corrían los surtidores de agua que son unos de los principales encantos de la Alhambra. En una de las extremidades, la que toca al palacio de Carlos V, el edificio tiene tres pisos: el primero, formado por una galería cuyas columnas de mármol tienen chapiteles primorosamente trabajados, pintados de azul, con arabescos y adornos fantásticos. En el segundo piso se extiende otra galería con ventanas cerradas con una reja de ma-



dera como todas las casas orientales, y sobre esta galería existe una sala de columnas delgadas cubierta con un artesonado de madera ricamente esculpido. Esta parte es la mas elevada del palacio morisco, pues las otras solo tienen uno ó dos pisos bastante bajos. Parece que aquí debe haber estado el punto de comunicacion con la residencia de invierno actualmente demolida, porque aun se distingue una puerta que conduce al palacio del emperador. El mas bello adorno del patio, es aquella fuente tersa y límpida que se extiende entre los pórticos como un tapiz de plata bordado de flores. Esta abundancia de flores y de agua, ha dado origen a los tres nombres con que se conoce este patio: Patio de los Mirtos, del Estanque, ó del *Mezouar*, palabra árabe que significa baño de mujeres.

¡Cuánta voluptuosidad debe sentirse descansando aquí en la primavera en las noches calmadas y serenas, cuando la violeta y el mirto confunden sus perfumes, cuando el canto de amor de los ruiseñores resuena en los aires, acompañado con el melodioso rumor de los surtidores de agua, y cuando el nítido espejo de las fuentes refleja los rayos plateados de la luna!

Una elegante alcoba, practicada en la pared y adornada con azulejos, servia para el centinela que cuidaba el Patio de los Leones; seguramente no existe en el mundo una garita mas poética.

El *Patio de los Leones*, que es el mas hermoso y constituye una de las maravillas de la Alhambra, toma su nombre de una fuente de alabastro con doce ángulos sostenida por doce leones y destinada a recibir las transparentes aguas que se desprenden de un jarrón superior. Se penetra a este patio por dos puertas opuestas, pero que no están exactamente la una enfrente de la otra; porque el arte morisco no procura esa regularidad sistemática y cansada, que es el mayor enemigo de la poesía en todas las cosas, y tambien por consiguiente, en la arquitectura. El patio es rectangular, y está rodeado por una portalería, cuyo aspecto tiene algo de fantástico: en las esquinas tiene unos kioscos que parecen piñones abiertos ó templos pequeños, que descansan en ligeras columnas, y encierran surtidores de agua en su parte interior. Todo está calado y dividido por líneas ingeniosas, que ofrecen a la vista muy vistosas perspectivas: los adornos están recortados como velos de

encaje; parecen tejidos con una ligereza aérea, y que están colgados y detenidos con alfileres de diamante. Los arabescos se enlazan formando eternos enigmas: algunos arroyos pequeños conducen el agua de una fuente a otra, y todo aquel conjunto despide un perfume de poesía que comunica al alma del espectador un dulce éxtasis, un sueño lleno de encantos.

Ciento veintiocho columnas sostienen el ligero peso de aquella arquitectura, y sirven de elegantes apoyos a aquella tienda de piedra. En efecto, la Alhambra, lo mismo que el Alcázar de Sevilla, y aun con mayor razon, es una tienda digna de los genios. ¿No son velos y encajes los que van de una columna a otra? ¿No son telas recamadas de oro, tapices de cachemira ó del Thibet los que extienden por las paredes sus brillantes esplendores? ¿No cree uno a cada instante que ese ligero tejido va a ondular y estremecerse a las caricias del viento? Sí, realmente esta es la tienda maravillosa que el Califa mandó traer del remoto Oriente, para levantarla en la verde colina de Granada, y retirarse en ella con la desposada de su corazón en el florido mes de la voluptuosidad. Mas esta frágil creacion era demasiado hermosa para perecer, y el arte ha fijado en piedra la obra de seda y de lino, de flamante púrpura y de oro reluciente: el velo de novia de la sultana, y sus elegantes aderezos, se han combinado en una obra espléndida que ha desafiado a los siglos y deja adivinar, por las seducciones de hoy, lo que debieron ser la magnificencia y los encantos de otra época.

Pero todo esto no es mas que una tienda muy poética, sin duda, mas sin grandeza verdadera. A pesar de sus cuatrocientos años de duracion, la Alhambra no puede ser otra cosa que el capricho efimero de la fantasía: falta en ella esa impresion poderosa de la estabilidad. Francamente lo confieso: no obstante el seductor recuerdo que ha dejado en mí este palacio, no corresponde a lo que me esperaba: lo encontré muy pequeño, muy *bonito*, muy limitado; nada tiene de real, en vano se buscan en él las líneas atrevidas y las masas imponentes. Tal vez contribuyeron dos cosas a que se perjudicara el efecto que debió causarme este edificio: la primera, que el cielo estaba nublado, y por lo mismo no aparecía el sol, cuyos rayos dorados todo lo transfiguran en este mundo; y la segunda, que ya habia visto el Alcázar de Sevilla, lo que dis-



minuía en parte el interés de la novedad, porque aquel monumento está construido por el mismo estilo que la Alhambra, y en muchos detalles presenta un aspecto más real.

Los moros conocían la magia omnipotente del agua, y sabían emplearla de la manera más graciosa en sus edificios más bellos, así como en sus jardines. No hay sala sin surtidores de agua, no hay patio sin fuente de mármol, no hay jardín sin cascadas retorzadas y sin polvo de plata: de ahí vienen los dulces rumores, el baile ligero de las perlas húmedas, la frescura eterna, el vivificador alimento de la brisa en los días ardientes del estío y el murmurio armonioso en la calma de las noches alumbradas por la luna. El agua en las habitaciones es un lujo poético muy poco conocido entre nosotros, pero que yo pretendo introducir en mi interior doméstico cuando me sea posible. Nada es verdaderamente completo aun en los espectáculos de la naturaleza, cuando la mirada no encuentra el risueño aspecto del agua para refrescarse y descansar.

También tenían los moros el talento de asociar el brillo de las flores con el del oro y el del mármol; de esta manera reunían lo hermoso con lo agradable, daban amabilidad a las grandezas del arte y hasta cierto punto las hacían familiares. Entre nosotros se proscriben el verdor de las plantas para que el arte pueda presentarse a los ojos con toda su desnudez, como si una mujer hermosa, coronada de flores no apareciese dos veces más hermosa. ¿Y qué sucede entonces? Que se hacen figuras de museo, en donde todo está clasificado, es frío y fastidioso. Se cree que puede uno admirar con un catálogo en la mano y los espejuelos en la nariz; pero no se disfruta del arte como de un adorno de la existencia que embellece la vida con goces necesarios y distracciones benéficas: se le aísla, se le hace perder su verdadero destino que es el de ser tejido como un hilo de oro en la trama de nuestros días.

La prueba más palpable de lo que digo es Munich, esa ciudad en que tan empeñosamente se ha separado el arte de la vida, en que se le ha calzado el coturno, y en que tal vez está muy sujeto a las reglas; pero siempre frío y congelado. Grecia comprendía mejor las verdaderas condiciones del goce estético: sus templos, medio ocultos en bosques de cipreses y las imágenes de sus dioses

adornadas con guirnaldas de rosas, eran como cadenas de flores destinadas a unir el arte con la naturaleza.

La extensa pared del patio de los Leones es medianera de la *Sala de los Abencerrages*, se entra en ella por una ancha puerta que tiene a los lados otras dos más pequeñas y dos nichos de mármol blanco donde los moros dejaban el calzado antes de seguir más adelante. Si hemos de creer a la tradición, por la puertecita de la derecha entraron los desgraciados Abencerrages, atraídos por el rey Abu-Abdallah para ser inmediatamente decapitados junto a la fuente de los Leones. Aun enseñan hoy los pretendidos vestigios de la sangre derramada, extensas manchas rojizas en el fondo de la fuente, lo mismo que se enseña la sangre de Wallenstein en el suelo del palacio municipal de Egra.

Existen dos versiones de la historia de los Abencerrages que formaban una especie de corporación de caballeros en la corte de los reyes moros.

Dice una de ellas que Zoraya, señora de origen cristiano y de maravillosa hermosura, fué esposa de Abu-Abdallah (cuyo nombre comúnmente se contrae llamándole Boabdil), a que se daba el apodo del *Rey chico*. En la corte de aquel rey, para desgracia y ruina del imperio, vivían en completa enemistad dos partidos de caballeros, a saber, los Abencerrages y los Zegríes; los primeros descendían de Ibn-Serraj, gran visir de un antiguo rey de Córdoba, y formaban una familia poderosa de muy extensas ramificaciones; los segundos eran caballeros de Zaragoza, y otras ciudades de Aragón que se habían retirado a Granada después de la conquista de aquella provincia: se les llamaba Tsegrinn, es decir, pueblo de Tseghr, nombre árabe del reino de Aragón. Uno de los personajes más poderosos en la corte de Boabdil el Chico, *el perdido Gomer* (cuya casa vimos a la entrada de la Alhambra), era del partido de los Zegríes, y alimentaba un resentimiento implacable contra los Abencerrages y contra la influente Zoraya, que era la más hermosa de las sultanas: su rostro resplandecía como la rosa de Damasco, sus ojos excedían en brillantez a los de las gacelas del Darfour, y sus cabellos flotaban como las hojas de los palmeros tirios. Para perder con un solo golpe a sus dos enemigos, Gomer contó al rey, muy suspicaz por su naturaleza, que había vis-



to a la noble sultana conversar con un Abencerrage al pié de un ciprés del Generalife; castillo situado en una colina a la espalda de la Alhambra. Tomando en consideracion las celosas costumbres de los orientales, se comprende que aquello fué bastante para que se produjese en el corazon del rey, la resolucion terrible que debia ocasionar la pérdida de los Abencerrages y el cautiverio de la sultana.

Aun enseñan a los extranjeros la galería cerrada con una reja de hierro, en que Zoraya salia a respirar el aire de la tarde, y en que mucho tiempo despues, fué estrechamente vigilada la madre de Carlos V, cuando se volvió loca. Aquella galería me recordaba los pequeños corredores en que se pasean los osos en la casa de fieras de Schoenbrunn.

En la fuente de los Leones cayeron las cabezas de treinta y seis Abencerrages atraídos por Boabdil a aquella celada, y todos los otros habrian sufrido la misma suerte, a no ser por un pajecito que corrió a darles noticias de lo que pasaba, con peligro de su vida, impidiendo de esta manera que los restantes entrasen en el patio fatal. Zoraya tuvo mejor suerte que los caballeros sacrificados por ella; porque habiendo llegado a países cristianos la historia de su cautiverio, varios jóvenes nobles del ejército real tomaron la resolucion de salvarla: al efecto se presentaron a Isabel la Católica, y le pidieron que les permitiese ir a combatir por la inocencia de la sultana.

Otorgada que les fué esta autorizacion, se disfrazaron de caballeros moros, penetraron en la Alhambra, merced a su conocimiento del idioma árabe, y ante el mismo rey provocaron a combate singular al calumniador Gomer.

Refiere la otra version que un sultan llamado Muley-Abul-Hasan-Ali (que los escritores españoles designan sencillamente con el nombre de Alboacen), hijo de Mahomet X, tuvo dos mujeres, su prima Ayesha y la famosa Zoraya que ántes hemos mencionado. Ambas le dieron herederos varones; pero el rey amaba apasionadamente a la segunda, lo que excitó hasta el mas alto grado los celos de Ayesha, y le hizo temer que su esposo llegara a preferir los hijos de su rival a los de ella. Atrajo a su causa a los Zegríes, mientras que los Abencerrages se declararon por Zoraya.

Abu-Abdallah-Mohamed, por contraccion Boabdil, uno de los hijos de Ayesha, huyó de Granada a Cádiz en Junio de 1482, se hizo proclamar rey, volvió vencedor a Granada y destronó a su padre. Excitado por los Zegríes quiso tomar venganza de los Abencerrages, los llamó a su lado, bajo pretexto de reconciliarse con sus enemigos, y cuando los tuvo en su poder, los asesinó cobardemente.

Cualquiera que sea en el fondo la realidad de esta historia, ella no deja de ser sangrienta, y las desgraciadas víctimas de aquella horrible traicion han dejado su nombre a esta sala, cuya hermosa y poética arquitectura no merecia, sin duda, producir semejante recuerdo.

Toda está construida de cantería, con alcobas laterales, y sostenida por una doble arquería de columnas esbeltas, con esculturas elegantes que ascienden formando una especie de cimborrio con su cúpula y su linternilla, por donde penetra en el interior una luz suave a través de una celosía primorosamente trabajada.

Aquellos lugares, cuyas delicias celebraron los romances árabes y españoles, están hoy desiertos: el ruido melancólico de los juegos de agua se pierde en el vacío, y todo aquel oro, y toda aquella magnificencia, brillan nada mas que para los extranjeros y los presidarios. Allí se siente el silencio de la muerte, y la luna ya no resplandece sobre la poesía del pasado.

Enfrente de la sala de los Abencerrages, está la de las *Dos Hermanas*, llamada así por dos losas de mármol de igual magnitud que adornan el pavimento. Una ancha puerta, opuesta a la entrada principal, conduce a una galería magnífica donde se encuentra un pabelloncito adornado con columnas y arcos deprimidos: desde allí la vista se extiende sobre un jardín interior en que florecen mirtos, naranjos y rosales. Aquel pabellon, que en otro tiempo servia de retrete a la favorita de no sé qué Califa, ha recibido el nombre de *Tocador de Lindaraja*, y es la mayor curiosidad de la Alhambra, la joya maravillosa de aquella mansion fantástica: en él se encuentra acumulado todo lo que el arte morisco puede ofrecer de mas delicado y de mas rico en materia de colores. El techo de aquel pequeño templo del amor, está cubierto con una red de adornos afilegranados y tapizado con las mas bellas sentencias,